

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 10 DE JULIO DE 1921

NÚM. 19.480

CUENTOS ESPAÑOLES CAMBIO DE FONDA.

Un cambiazo

Y a era yo casi una mocita. Ibā dāndome cuenta de las cosas y conociendo el mundo, cuando advertí un cambiazo en mi madrastra.

—¿Qué le pasará?—decía yo—. Dos años, día por día, guardándole el luto a mi pobre padre, que esté en gloria, y de repente esta mudanza. Vestidos claros, flores en el pelo, mucho ventanear, mucha conversación con los huéspedes. Antoñilla, ojo al Cristo, que es de plata. Aquí hay que andar con tiento. Aquí pasa algo.

Pues señor, que me pongo sobre mí y comienzo mi obra. ¿Será el registrador? Pero el pobre registrador, con sus papelotes y su dolor de estómago, tenía bastante. No estaba el hombre para trotes. Siempre tan serio, tan pajizo... Que no y que no. No levantemos falsos testimonios. ¿Será el agente ejecutivo? Menos. Era un tío rústico, casi negro, que en sacándole del tresillo y del aguardiente estaba perdido. Además, en la fonda paraba poco. Siempre andaba por los cortijos, y cuando regresaba, al anochecer, sudando y cubierto de polvo, pedía «su copita» y se sentaba en el patio, al fresco.

Quedaba, de los huéspedes «de asiento», don Gregorio, el cural. ¡Un santo! ¡Un verdadero santo! Su misa, su parroquia, sus paseos por la carretera con el quitasol y el breviario... Y contestando el «vaya con Dios!» sin levantar los ojos...

Una tarde, después de la Oración, a la hora en que regresan los jornaleros y se riegan las huertas, mi madrastra me llamó a la salita baja. Había pensado reorganizar todo el servicio. Yo era ya una mujer y debía ponerme al frente de todo. Despediríamos a las dos criadas—las mujeres no traen sino barullos—, buscaríamos dos mozos, como en las fondas de la capital, y yo me bastaría y me sobraría. Por si acaso, allí estaba ella para echar una mano cuando hiciera falta.

—Así es mejor. Te vas soltando, y el día en que yo muera...

—El día en que usted muera... Pero si está usted casi en la flor de la vida.

—Sí, sí. Flor...

Y retocada, fofa, remetiéndose los postizos y moviendo sus caderas, que hacían balumba, esponjándose ante el armario-espejo:

—Sí, sí. Flor...

¡Se lo creía! Con cincuenta años muy corridos, tres barbillas y un andar lento y resoplante, se lo creía la muy... ¡Señor!

En esto, cogí el regador y me puse a regar los «divos» del portal. En la tienda de enfrente, Cayetano, el de los recados, se hacía el tonto, agachándose para verme las pantorrillas. Yo, con muy mala

sangre, hacía revolár mi falda. El pobre se ponía negro.

Pasaban jornaleros con sus bestias cargadas de alcazar. La jaca de Felipe, el correo, cascabeleó sus campanillos. Joaquín, el tartamudo, se acercó vendiendo alcachofas.

—¿Mer... merca... alcachofas?

Acudí presunosa mi madrastra. Trabajé conversación con el vendedor, metiendo mano en la esportilla. De repente la oí exclamar, gonzosa:



Mi madrastra, venga reír y reír. Retemblaba, gorda y rolliza, ante la letanía de don Jacinto...

Don Jacinto

Don Jacinto, el médico joven, era más guasón que su sombra. Hablaba por los codos, exageraba más que Manolito Gázquez y suplía su poca ciencia con su mucha labia.

Traía al pueblo alborotado. Le gustaban todas. Una escoba con faldas lo sacaba de sus casillas. Y en cuanto se oían risas, alborotos y regocijos, ya estábamos diciendo: «Don Jacinto. Cosas de don Jacinto.»

A poco de llegar, comenzó con las bromas a mi madrastra. Había que oírlo.

Que si usted es un otoño del Tiziano. Que si la mujer «checha» es el manjar de los dioses. Que si usted debería cobrar por verla, como un fenómeno de hermosura. Y la tonta, retonta, se lo creía, se lo creía... Tan se lo creía, que en dos semanas ahorró el luto, se vistió de claro, se emperejó, y ya todo era aguardar a que pasase don Jacinto, recrearse con don Jacinto, soñar con don Jacinto. ¡Virgen!

Aquella tarde, el mala idea del médico se conoce que estaba de mejor humor que nunca. Había tomado una copita más, o ganado al «monte», o cobrado algunos atrasos. Ello es que con el sombrero en los ojos, ambas manos sobre el bastón y unas posturitas de jaque, matadoras, amontonaba disparate sobre disparate.

—No vuelvo a pasar por aquí. Me fría usted la sangre. Estoy que muerdo...

—¡Jesús, y qué exageración de hombre! Las viejas no servimos para nada...

—Las viejas, ¿eh? Las viejas, con esos ojos... con esos brazos...

—Pero, don Jacinto...

La tienda de enfrente parecía, por lo atestada, un «cine». Se habían congregado el principal, su mujer, sus hijas; Socorrito, la del estanco; ¡qué sé yo! Y todos, como viendo una película de Charlot, se tendían de risa, dándose con el codo.

—Hay que ver, y qué vieja loca...

—¿No le dará vergüenza?

Vergüenza. Era verde y se la comió un burro. Seguía riendo, temblequeando sus carnes fofas, dando de vez en vez cariñosos empujoncitos al galán.

—¡So malo! ¡Qué exageración de hombre!

La cosa iba pasando de castaño oscuro. El espectáculo cundió en seguida por el pueblo, y yo estaba volada de ira. Por supuesto, que había oído hablar de que a cierta edad las mujeres, ciertas mujeres, sienten la acometida del amor con más vehemencia que las jóvenes. Pero

—¡Jesús, y qué exageración de hombre!...

Pensando que se refería al precio, no hice caso. Pero unas careajadas escandalosas de mi madrastra me hicieron acudir a la puerta.

¡Vamos, señor! ¿Pues no estaba aquel bicho humano derritiéndose, o poco menos, con don Jacinto?...

—Lo que usted oye. ¡Que me parta un rayo si miento! Aquí, lo que no hay es gusto, ni juventud, ni «dacha». Este es un pueblo de mam-postería...

profi que gran cosas de las novelas. Y ahora, ante el inesperado ataque de mi madrastra, la verdad, no sabía qué hacer. De una parte, yo la quería. Al fin y al cabo, en vida de mi padre, nadie pudo decir de ella ni tanto así. Al revés. Lo respetó mucho, le guardó el aire y siempre se llevaron bien.

Mas, de otra parte, aquello no podía continuar. Por decoro de su memoria, su hija no podía consentirlo. Además, que era una irritación. Que todo el mundo se burlaba de ella y de mí. Y la fonda, tampoco ganaba mucho. Hombre tan enemigo de chismes como el registrador, me llamó una mañana, y mientras le servía el pescado frito, me dijo, sujetándose el estómago y con la cara de vinagre:

—Su madrastra está de remate. Usted tiene el deber...

—Pero, don Salvador...

—¡Qué don Salvador! Le advierto a usted que yo dejo la fonda...

No hay qué decir lo que pensaría don Gregorio, el cura, que por su ministerio repudiaba con más razón el escándalo. Es decir, que estábamos amenazados de perder los huéspedes, de arruinarnos, por semejante ridiculez.

Resolví cortar por lo sano. Hablar a mi madrastra, primero. Y luego, si era menester, a don Jacinto.

Pero era yo aún demasiado niña. Y al llegar el momento sentí que me faltaban las fuerzas...

Lae aramuza

Nueva llamada del registrador. Qué nada, que se iba. O había la natural dependencia en la fonda, o se iba.

—Conste que no son aspavientos. A mí no se me encoge el ombligo, reconcho; pero no se puede aguantar. Ese botarate de don Jacinto debía ir a burlarse de Esculapio, suponiendo que sepa quién fué Esculapio. Pues no ha tenido la desfachatez de decirme que a él le entretiene mucho rejuvenecer viejas!

Aquello me encendió. ¡Conque rejuvenecer viejas? Ya veríamos.

Y lo vimos. ¡Vaya si lo vimos! En cuanto me lo eché a la cara, insinué unas miraditas, unas miraditas... ¡Qué quería él más! Vino a mí como moro a pasa; pero yo le paré los pies. Muy sericita, le solté despectivamente: «Vaya usted de ahí, novio de viejas!»

¡Se puso...! Creí que le daría un ataque. Palideció, le tembló la boca, no acertó a pronunciar palabra y me dejó, refunfuñando: «Qué niñital ¡Vaya una niñital!»

Pasaron unos días. Creí que la lección había surtido efecto; pero hombres como don Jacinto, no escarmentan. Genio y figura... El domingo, al salir de misa mayor, pegó otra vez la hebra con mi madrastra. Y ahora con más ahinco, haciendo más visajes, gritando más, como dándose en la cabeza.

—La juventud... La juventud es tonta de capirote. Donde hay una mujer madura y sabiendo lo que es canela, ya pueden las niñas bitongas...

Entonces apelé al supremo recurso. Mientras piropeaba a mi madrastra, me puse a hacerle señas, guiños, invitaciones... Lo dejé aquella mañana a punto de caramelo.

Al salir él, fui con disimulo al portal. Hice como que cambiaba el agua de las jarras y canturreé, por lo bajo, esta copla:

Aunque te pongas en cruz,
como Jesús Nazareno,
y me des las tres caídas,
en tus palabras no creo.

Salió, diciéndome entre dientes:

—Me crearás. Yo te juro que me crearás...

Por fin, aquella noche, entre dos luces, estando a la ventana, pasó. Tosí tres veces, como en señal. ¡Ejen, ején, ején!

—¿Entro?—balbuceó, sofocado.

Entró al portal, torció a mano izquierda, a la salita. Yo, sobre aviso, me coloqué, estratégicamente, de espaldas a la puerta.

—Antoñita...

Le abandoné mis manos en las suyas.

Luego, con voz miedosa, susurré:

—No, don Jacinto. No... Que no...

—Sí, Antoñita... Gloria... Princesa.

Cuando sentí los pasos ansiados, preparé diestramente el golpe final. Fué una feliz contradicción entre el dicho y el hecho. Le decía, para que me oyeran:

—Que no y que no. Mal caballero...

Pero le apretaba las manos convulsi-

vamente, unía mi cara con la suya, me desvanecía como una novia...

—Mal caballero... Suelto... Suelto...

—Tonta... Celosilla... Pero ¿tú crees que la vieja? ¿La Tarasca?...

La Tarasca, feroz, cayó sobre él como una mole:

—¡Granuja!... ¡A la calle, granuja!...

Y mientras él, lívido, la corbata torcida y desencajados los ojos, salía de la casa como del Infierno, la pobre Tarasca, sollozando, me abrazaba efusivamente:

—¡Dios te lo pague, Antoñita!... ¡Dios te lo pague!...

Cristóbal de CASTRO

SEGUIDILLA

¡Seguidilla, seguidilla!

¿Adónde vas por el aire?

Mira que ya es noche ciega

y no hay nadie que te aguarde.

¡Seguidilla, seguidilla!

¿Adónde vas por el aire?

Voy en busca de una pena

tan negra como la mía.

¡Voy en busca de un querer

que yo sé que no me olvida!

¡Seguidilla, seguidilla!

No pienses en lo que fué,

¡El querer perdió el camino

y ya no sabe volver!

¡Quítate de peregrina;

vuelve a tu casa, que es tarde!...

¡Seguidilla, seguidilla!

¿Adónde vas por el aire?

G. MARTINEZ SIERRA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

“L'AMANT LIBÉRATEUR”

DURANTE la guerra, uno de los tópicos más corrientes — tópico utilitario, tendencioso, pseudopatriótico — fué el valor de la propia guerra como elemento moralizador. La abnegación, el sacrificio, el heroísmo, sirvieron hábilmente para disimular u ocultar el desencadenamiento de todas las herencias de la barbarie primitiva. En cuanto a la corrupción de las grandes metrópolis, a los abusos del lujo, a los desenfrenos de la lujuria, la guerra se aparecía como un gran desinfectante, germen de austeridad puritana, de retorno a no sé qué imaginadas simplicidades de estado natural. Y no hablemos de la supuesta reacción religiosa, entendida, no como levantamiento de los corazones en un ímpetu de idealismo y espiritualidad triunfante, sino de devoción externa y ritual, de «buen tono», adhesión a formas políticas que semejan, absurda y paradójicamente, consubstanciales con la integridad cristiana. Ya se ve, pues, que bajo esa aparente depuración se entendía un refuerzo del materialismo egoísta y de la maldad despreciadora de toda ética, emponzoñadora de toda sensibilidad.

Y en cuanto a la influencia ejercida por la guerra sobre la mujer, ¿no podía esperarse una acción parecida a la que producía en los grandes temperamentos de santidad la contemplación de la muerte? La mujer de las clases altas, en nuestras sociedades, no de ahora, sino desde los orígenes mismos de la cultura, se ha formado como elemento ajeno a nuestra lucha por la superación de la especie. Sálvense todas las excepciones, por lo mismo que lo son. Lo cierto es que la mujer, como colectividad, representa en la evolución humana un valor opuesto al que suele atribuirle la observación superficial; representa una insensibilidad, casi una incapacidad de vibración por las causas trascendentes y renovadoras, pertenecientes a los círculos máximos de la emotividad, como son, en el espacio, las causas de irradiación humana, y en el tiempo, las causas de irradiación indefinida, cuyos efectos son ulteriores a nuestra vida individual y es-

tán ungidas por el supremo desinterés, ya que actúan más allá de nuestra propia muerte.

La contemplación de los grandes dolores humanos, el contragolpe de las heridas abiertas en la carne de las colectividades anónimas, ¿no obrarían sobre la mujer como aquellas calaveras que suscitaban las crisis definitivas de los anacoretas, o como el espectáculo de los cadáveres corruptos ante la comitiva caballerescas en las pinturas de Orgagna, o como la visión del pecho gangrenado de Ambrosia en la leyenda de Raimundo Lulio? La mujer, en los países beligerantes, había aceptado como un honor las funciones de hermana de caridad en los hospitales de sangre; había ceñido, como una forma de belleza insospechada, diadema de majestad purísima, las tocas de enfermera sobre sus cabellos, donde quedaba el rastro de perfume de los saraos desprevénidos. Sus manos, consagradas nativamente a la caricia, para el amor o la maternidad, encontraban impulsos de valentía para esa maternidad espiritual que la inclinaba sobre los lechos de campaña donde agonizaba la pobre carne desconocida; y no temían sumergirse en la hedionda y puerulenta abominación de las llagas. Sus ojos, reservados y pudibundos, no temían posar las miradas, en suprema castidad, sobre la desnudez de los cuerpos varoniles, dignificada por el dolor, y en la cual ejercía su ministerio cruento y bienhechor la ciencia.

¿Ha salido verdaderamente una feminidad nueva de esa tremenda prueba? Tal parece ser el asunto interior de la novela *L'Amant libérateur*, que acaba de publicar Jean de Granvilliers, el joven y penetrante novelista francés.

En uno de los hospitales improvisados sobre el solar de los bañeros elegantes, el amor florece entre la enfermera Andrée Meauplan y uno de sus convalecientes, Jacques de Preyssangé. Todo el interés de la narración estriba en la crisis psicológica de la protagonista. El amante se esfuma como un personaje puramente ocasional, no muy estima-

ble, en verdad, por su conducta, por su poca intensidad de vida espiritual. Aquel amor, flor nacida sobre las ruinas de los campamentos, alimentada con sangre y podredumbre, ¿será una compensación divina, una apelación anhelante a la vida y a la paz fecunda? Para mí, la mayor tristeza que se desprende de esas páginas es la escéptica amargura con que afronta la vida y el amor la heroína, al salir de la revelación que aportan sobre su alma virgen sus días de enfermera. Sin duda, en el espasmo de ese amor carnal hay un desquite de la tortura y de la muerte. ¡La muerte! ¿Acaso no es Ella, por tradición inmemorial, la compañera invisible del amor? ¿Acaso no invoca, silenciosamente, la complicidad del amor, que se vale de las parejas humanas para suministrar víctimas futuras a la eterna destructora? No ha habido todavía un tratadista que descubra el secreto de las hondas fraternidades originarias entre Amor y Muerte, caras a la misantropía de Leopardi. La Muerte, pasando en desfile triunfal sobre los campos de batalla, sueña también, como el otro, con sus «noches de París...» Y diríase que junto al amontonamiento horrible de esos cadáveres canta el epítalaro que incita a amarse para liberarse del horror y para que la naturaleza, en los amantes, se resarza de la pérdida... En torno a nosotros, se derrumba un momento de la humanidad; levantamos nuestro amor como un fuego que transforme las víctimas en oblações propicias; viértase en nuestra copa esa sangre, transfigurándola en vino de nuevas afrodias sagradas. Amémonos más allá de la tierra y del dolor. Y más allá de la materia también... ¿Más allá de la materia? ¡Ah! Esta es la flaqueza del amor simbólico de vuestra Andrea Meauplan, señor de Granvilliers. ¡Esa mujer ha salido de la enorme prueba con el corazón envenenado!

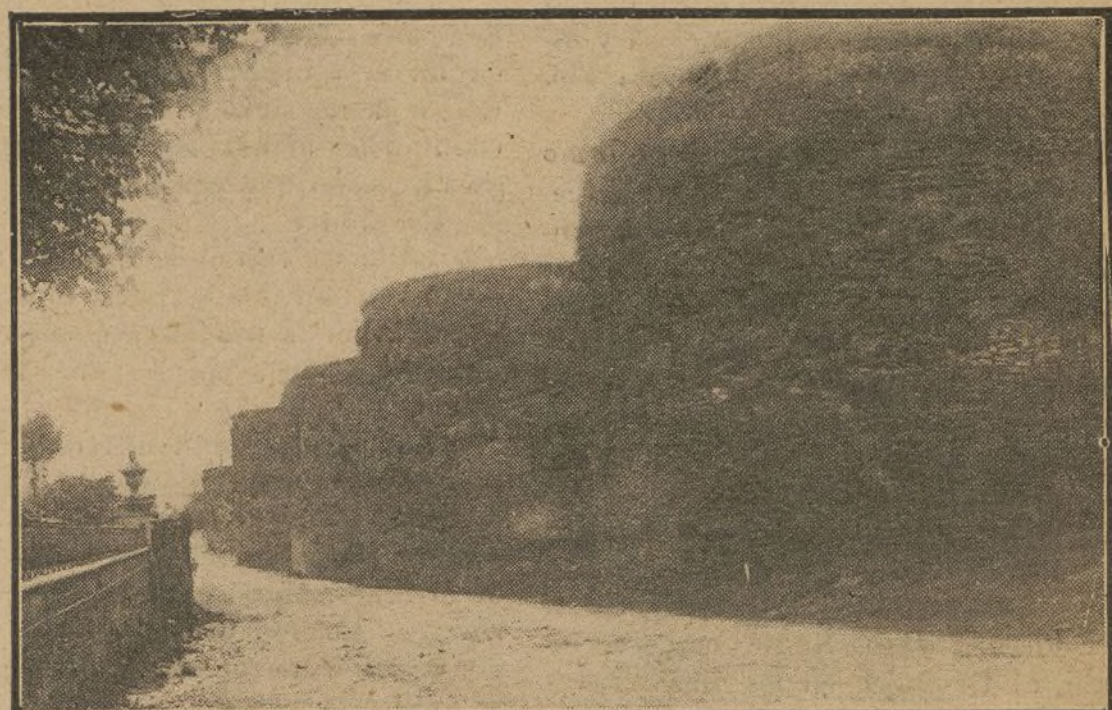
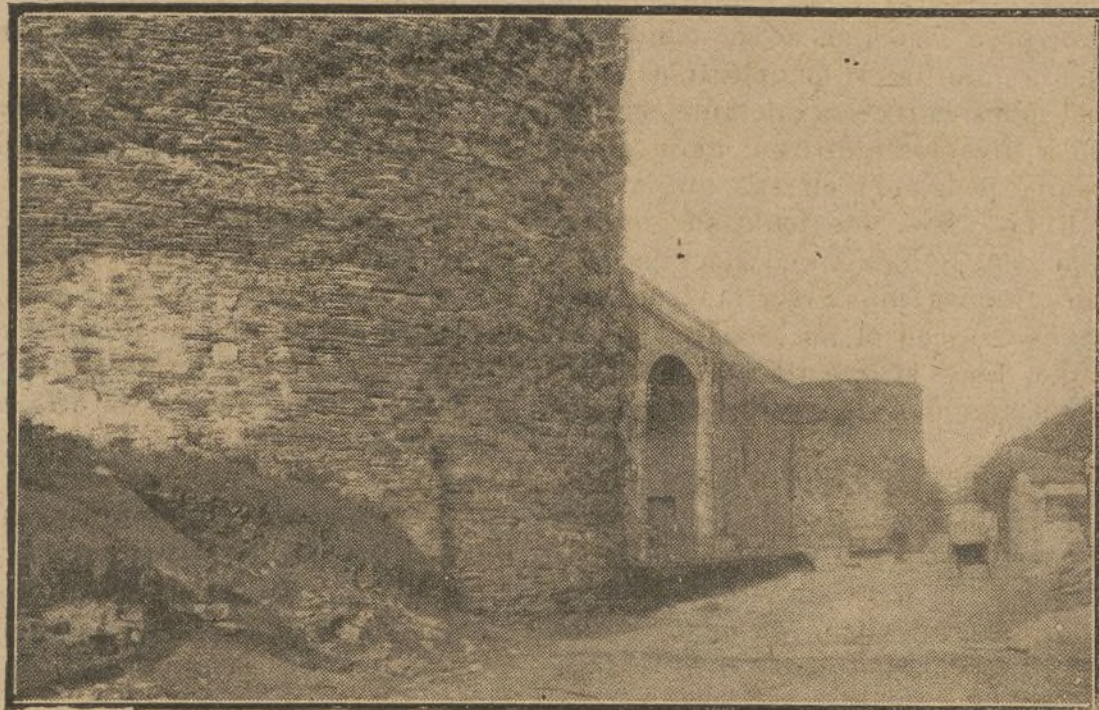
L'Amant libérateur! Acaso se hubiera dicho con más propiedad *L'Amour libérateur*. Porque el Amor, como decía, es el solo impulso que nos enajena de la guerra odiosa y envilecedora; el único vuelo hacia la vida y la humanidad. Pero la liberación de que habla Granvilliers es, en cierto modo, la de la Familia y la convención social en que la protagonista se forjó y que ciertamente la guerra no ha modificado. En tal sentido podríamos ver en ese pecho juvenil la herencia espiritual de las heroínas de George Sand, transmigrada a las del teatro germano-escandinavo. Pero no nos equivoquemos. Esta rebelión, en Andrea Meauplan, no trasciende a ningún principio de subversión social, teorizante y reconstructiva. Es simplemente sexual, y la sierva de amor persiste más allá del sacudimiento de las viejas normas educativas. Hasta el amor mismo no pasa de ser en ella satisfacción pasional del deseo o del instinto; acaso llegue al frenesí nervioso, pero no se eleva a ninguna exaltación mística ni siquiera a la infusión de un alma poética en esa joven libertada; como un don de profecía en los inspirados o en los electos. El amante llega a sugerirle la posibilidad de aceptar con otro hombre el más vulgar de los matrimonios; y ella se aviene a la desdénosa *liaison* con ese amante que no se atreve a afrontar con ella, ante el mundo, la plenitud de unión en la plenitud de libertad...

Pero todo ello no daña a la nitidez, a la pulcritud de estilización con que Jean de Granvilliers ha desenvuelto su tema, haciendo honor a la estirpe literaria que viene a continuar. La elegancia en la sobriedad será siempre el mayor de los problemas del estilo. Y Granvilliers sabe resolverlo.

Gabriel ALOMAR



UN TESORO ARQUEOLOGICO LA ROMANA LUGO



NINGÚN pueblo de Galicia recuerda mejor que Lugo la dominación romana; las huellas visibles de su paso lo demuestran, y las que a diario se descubren y se pienden podrían, con un espíritu de arte y de conservación, aumentar el valor histórico de la capital gallega.

La catedral quizás se emplace, como dice Murguía, allí donde se levantó el templo pagano; cercano a ella debió de existir el dedicado a Diana: los mosaicos encontrados lo atestiguan; las termas estuvieron no muy distantes; y así, podrían citarse restos de una dominación intensa que allí prevaleció seguramente más que en el resto de Galicia.

Todo, sin embargo, ha ido desapareciendo; sólo quedan las murallas, bien distintas por cierto de como las vieron el Padre Risco y el licenciado Molina. Estas murallas, construidas durante el período latino, han llegado hasta hoy porque su fábrica resistió a las injurias del tiempo y de los hombres, no porque el ánimo de ciertas gentes las quisiese conservar.

Errores de apreciación, unidos a exigencias de desarrollos locales, dieron al traste, en más de un caso, con torreonos y estancias en allos formaciones... Es un perjuicio para el arte el afán innovador, por muy loable que sea. Los pueblos son patrimonio de la historia, y cuando la historia se vive en ellos y se aprende, no deben romperse las páginas que la conservan a través de los siglos.

Por eso se conserva Pompeya; por eso se descubre Numancia; por eso se sacan a luz joyas del arte, enterradas por escombros u ocultas por manos profanas.

Las murallas de Lugo han sido declaradas monumento nacional; un grupo de hombres, de sentimientos artísticos, de corazón español y gallego, han realizado esta obra, de acuerdo con el Sr. García de Leaniz, director general de Bellas Artes.

Bien han hecho; quizás con ello se hayan evitado los destrozos de

quienes aspiran a demolerlas, sacrificando a la línea recta y al ce-

mento la sinuosa traza de esta bella obra que tantos recuerdos del pasado trae a cuento cuando se contempla.

Es una confusión lamentable que ha podido evitarse y que serenamente se debe repudiar. Lugo, con sus murallas románicas, con sus torres y con sus puertas, vale más, infinitamente más que un Lugo abierto a la traza rectilínea de modernos *bulevares*, con casas lujosas y de gusto a veces deplorable.

Lugo debe conservar su aspecto típico, su carácter de fortaleza románica, su ceño adusto de población señorial y romana. Y es más: en el interior, todo aquello que se reedifique debería seguir tal traza, esa traza que hacen por conservar los que administran pueblos que guardan tesoros de arte y de arqueología.

Para la expansión moderna, para el engrandecimiento presente y futuro está el exterior, la parte de murallas afuera, en que las iniciativas de sus administradores pueden hallar campo a los mejores deseos...

La sensación que se experimenta en Lugo al contemplar sus murallas y al ver desde ellas el inmenso panorama de su campiña, merece bien el sacrificio de mantenerlas.

Los rancios prejuicios no deben ser patrimonio de pueblos modernos; pero los bellos restos de cuanto es antiguo y constituye arte y representa vida pasada y grandeza perdida, deben conservarse y guardarse como se guarda y conserva, de generación en generación, el espíritu de los antepasados, vaciado en los pergaminos que publican la hidalguía y la muestran a los extraños.

No hacerlo así es confesar falta de fe en el pasado y de cultura en el presente. Por esto, Lugo, con la declaración obtenida, ha dado un ejemplo del alto concepto que le merecen sus joyas artísticas.

Federico PITA



La puerta de Santiago, destacándose sobre uno de los lienzos de muralla que, como los restantes que ilustran esta plana, son la ejecutoria de piedra de la vetusta Lugo



EL TÍO A QUICO

Se moría de hambre. Y un día, viendo que sólo triunfaban en el pueblo los arriscados, los matones y los perillanes, se irguió.

—Yo también—dijo el tío Quico, dando una patada valentona y jactanciosa y escupiendo saliva y nicotina—seré malo. Me temerán y comeré.

El tío Quico era viudo y vivía como jornalero; aquí desbarbecho una parcela, allá riego, acullá podo. Tenía arrendado un casucho misérrimo, y, aunque se le quería por bueno, todos eran a morder en su arruinada buchaca y a olisquear en su exigua olla. Si una mozuela descarriábase, sólo el tío Quico sabía consolarla y ampararla. Si una infeliz mujer quedaba viuda y misera, el tío Quico sufragaba los gastos de entierro y de lutos. Si reñían dos mozancones, el tío Quico se ponía de por medio para evitar un mal raso. Nadie, empero, recordaba al tío Quico en los días alegres ni en las rachas de ventura. Y el tío Quico, ¡pardiez!, se moría ahora de hambre.

Viejo, reumático, arrastraba los pies cuando iba hacia las afueras del villorrio, y su azadón, entre los pelamtrines jóvenes, era remolón y no rendía... Se le empezó, pues, a regatear el trabajo y comenzó a verse sin jornal. Y, en cambio—así pensaba el tío Quico para sus adentros—, ¡qué de haraganes triunfaban por listos y qué de granujas por valientes!

—No se puede ser bueno—ideaba el tío Quico en la puerta de su zaguizami, mientras los torcos iban y venían junto al campanario de la iglesia—. No se puede ser bueno. Ahí está el tío Medardo, que mató a don Román, y es cacique y todo, y manda en el pueblo. Ahí está Miguelillo, que por guapo, jarifo y perdonavidas luce pana los domingos y tiene yegua propia. Hasta el diputado le teme, y cuando llegan las elecciones le convida a comer.

El tío Quico se metió en su casa sin saber con qué objeto, y recorrió la soledad miserable. El, que había amparado a tanta gente, no tenía a nadie en su redor. El lar, vacío y yerto. Un ratón famélico y cinico se lo quedó atisbando con sus ojillos maliciosos y pareció decirle con ellos que también tendría que emigrar, pues aquella cocina no era nada confortable. Después salió el tío Quico otra vez al umbral de su casa, y voceó:

—¡Eh! ¿Pero no os acordáis del tío Quico? El tío Quico no tiene pan ni trabajo. Nadie se lo da. ¡Claro! ¡Está ya el tío Quico tan viejo!

Parecía loco. Unos rapazueros que oyeron su discurso, se asustaron y emprendieron la fuga. Dos mozuelas, que esperaban, cercanas, a sus novios, rieron aquello que supusieron chanzoneta. Sólo una viejuca que venía de misa y que

traía un catrecillo bajo el brazo, se acercó al tío Quico, y le dijo, limpiándose los ojillos pitarrrosos en el pañuelo de yerbas:

—Tiene razón que le sobra, tío Quico. Son unos desalmados. También se ceban en mí el egoísmo y la mala voluntad. Como ya no sirvo para nada, hasta me cuentan los mendrugos que yanto, y tengo un yerno que cortó leña para hacerme el ataúd.

Y entonces fué cuando el tío Quico se decidió a ser malo, para imponerse, y a exigir por la tremenda aquello que nadie quería darle por las buenas y a razones.

En el mismo zaguán estaba su antigua escopeta inútil, que fué de caza cuando el tío Quico era joven, de un solo cañón, y con amarres de cuerda a guisa de tornillos. Metió un cartucho con posta zorrera, guardó municiones en los bolsillos del chaleco, atravesó el pueblo y se salió al campo.

Era una lúcida y transparente mañana primaveral. El sol bañaba los agros perfumados. Todo eran pimpollos y pájaros tiernos y flores bonitas.

—¿Va usted de caza, tío Quico?—le dijo alguien ya fuera del pueblo, viéndole tan pintiparado.

—Sí—contestó el tío Quico—. Voy a cazar el pan que me niegan.

—Entre los matojos nunca se criaron

panes—respondió la voz humorística—. Y se alejó.

El tío Quico estuvo entonces por darle el alto al irónico y decirle la gran verdad de su cetrería y sacarle un ojo o un duro; pero ideó que aquel hombrazo rudo tenía familia, y lo dejó irse.

Siguió, pues, carretera adelante, y aunque vió a diversos aldeanos, nada quiso hacer aún, pensando en sus mujeres y en sus hijos. Cada uno tenía su porqué, y a cada cual le hallaba su disculpa.

—Con quienes me gustaría tropezarme—caviló—es con el tío Medardo o con Miguelillo. Esos sí que tienen de sobra. Y sen, además, dos bigardones de la peor laya.

Sintió calor el tío Quico y tomó asiento en la cuneta, entre yerbas silvestres. La carretera hacía allí un recodo. El sitio era excelente para empezar la nueva vida, dándole un susto al mejor plantado. Y en esto, ¡zás!, como si lo trajera un designio providente, apareció el tío Medardo, caballero en su mula, que volvía de la hacienda y que traía cara de contento.

—¡Baje usted!—ordenó el tío Quico así que el otro pasó cerca.

—¿Yo?

—Sí.

El tío Medardo, que conocía al tío Quico por un buen corazón, obedeció cívico, creyendo se trataba de algún

asunto importante, y echó pie a tierra. —Dígame, tío Quico.

—Pues que me he metido a ladrón.

El tío Medardo se echó a reír con toda su alma.

—¡Vaya, tío Quico!—respondió—. Está usted de broma.

—No es broma. Cansado de ser bueno y de sufrir hambre, me he metido a ladrón.

Dialogaron. El tío Quico estuvo un instante razonando aquello. Tenía que vivir, y como se le negaba el jornal, lo exigía. Para eso llevaba su escopeta con postas de lobo. Pero el tío Medardo, que era un camandulero, razonó de otra manera: —Claro que todo esto es una broma de usted, tío Quico. Pero debo decirle que usted no vale para ladrón. No basta querer ser ladrón. Hay que servir.

Discutieron un buen rato.

—Yo soy ladrón—decía el tío Quico, porfiando—. Le aseguro que soy un ladrón.

—No es usted ladrón—replicaba el tío Medardo, entre donaires.

Y subió a la mula, por fin; y soltando risotadas se alejó de allí, sin volverse para mirar al tío Quico.

Poco después llegaba Miguelillo, el jaque.

—Este no se me va—pensó el bandolero. Y le apuntó con la escopeta.

Pero Miguelillo siguió avanzando con la cara sonriente, y apartando el cañón que le amenazaba al pecho, exclamó:

—¿Qué bromas son estas, tío Quico? ¿Se ha vuelto usted loco?

—Loco, no. Me he vuelto ladrón.

—¿Ladrón usted?

Y siguió su camino, soltando carcajadas, ganoso de arribar al pueblo y de narrarle a los vecinos la nueva chifladura del pobre vejete.

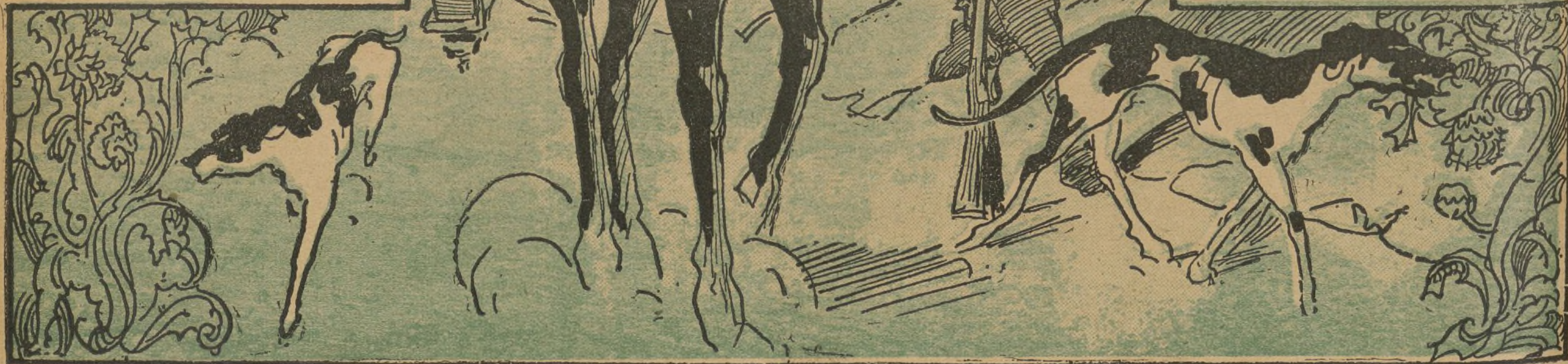
El tío Quico permaneció allí, absorto, sentado en la cuneta, entre las altas yerbas silvestres. Los torcos volaban, sarcásticos, hacia su nido estesiástico, planeando con sorna. Las golondrinas volteaban, volubles. El tío Quico oyó, sin escuchar, el murmullo campesino, y meditó en su suerte. No. No servía para ladrón. Aunque lo jurase, nadie le creería. Tendría que apretar el gatillo, que matar a alguien, que ver un cuerpo tendido en tierra, que mancharse de sangre las manos. No. No podía ser perverso. Se enfadó consigo mismo.

Y se alzó de allí y regresó al pueblo, mohíno, bajo el agobio de su fracaso. Y tornó a colgar la inservible escopeta que tenía amarres de cáñamo a guisa de tornillos y cuyos ejes y ensambladuras tomara el moho. Y buscó luego asiento en un poyo, bajo la escuálida parra de su albergue, y se puso a esperar, a esperar...

Cuando murió el tío Quico, poco después, recibió sepultura de limosna.

Luis ANTON DEL OLMET

Ilustración de E. BRAÑEZ.



EL PRINCIPE PERRO



EN la capital de Rosilandia todo eran festejos y algazaras; los buenos rosilandenses celebraban el nacimiento del príncipe Rosilín, hijo del rey Rosilón y de la reina Rosilina.

El día del bautizo, y según es costumbre en tales ocasiones, se dió en el palacio real una comida, a la que fueron invitadas todas las hadas del reino. Después de los postres fueron levantándose una por una y acercándose a la cuna del regio infante:

—Te doy el valor—dijo el hada del Fuego.

—Te doy la gracia—dijo el hada de las Flores.

—Te doy la inteligencia—dijo el hada del Mar.

—Te doy la bondad—dijo el hada del Bosque.

A su vez se acercó el hada de la Noche. Era bella y triste; vestía un traje de tul negro, bordado con brillantes; su varita era de ébano y azabache y su corona de nácar azulado; miró un momento al nene, que dormía entre cintas y encajes, y dijo con voz grave:

—Quiero que a partir del día en que subas al trono, cada vez que yo lo desee te conviertas en perro.

—¿En perro?—exclamó el rey Rosilón.

—¿Está usted loca, señora hada?

—¡Mi hijo transformado en perro!—gritó la reina Rosilina, y se desmayó entre los brazos de sus damas.

Pero ya el hada había desaparecido.

El príncipe creció; era bello y bueno, inteligente y valeroso; pero sus padres no olvidaban—¡ay!—la fatal sentencia del hada. A veces, Rosilón XXI apretaba el puño de su espada pensando que era lástima que las hadas fuesen inmortales; y la reina miraba a su hijo y lloraba.

Cuando el rey murió, Rosilín subió al trono; el nuevo rey tenía mil buenas cualidades; pero no tenía la de ser sordo a las palabras de sus ministros, y ¡claro!...

Acaso sin darse cuenta de lo que hacía, Rosilín XVIII había firmado ya buen número de decretos aumentando los impuestos, cuando un día, al presentarle el ministro de Hacienda un decreto de impuesto más fuerte que todos los anteriores, al ir a firmar, el rey sintió singular pesadez en las manos y la cabeza.

—No me encuentro bien—dijo—; me voy a acostar; firmaré mañana.

Pero cuando quiso meterse en la cama cayó al suelo; quiso lanzar una exclamación, y de su boca salió un ladrido; se miró al espejo y—¡horror!—vió que estaba transformado en perro. Entonces dio un salto por la ventana abierta, cruzó corriendo los jardines de palacio y se encontró en la calle.

Después de recorrer media capital pasó delante de una casa que ofrecía un aspecto singular; delante de la puerta había pobres muebles amontonados; junto a ellos, una mujer pálida y delgada estaba sentada en el suelo y lloraba, con un niño en brazos. Un hombre de aspecto miserable decía a un vecino:

—Con tantos impuestos, el rey nos ha reducido a este estado; ahora nos echan de casa y no tenemos ni donde caernos muertos.

El perrito se alejó cabizbajo, y al poco rato entró en una cabaña que tenía la puerta abierta; en el suelo, sobre un jerón, una vieja gemía; junto a ella, una joven hilaba, llorando.

—No te canses, hija mía—decía la vieja—; ya sabes que por mucho que trabajes, los impuestos han de llevarse todo el producto de tu esfuerzo.

El perrito se alejó corriendo, con la cola entre las piernas. Ya cansado y

hambriento, llegó a un parque. Sobre un banco estaba sentado un mendigo, devorando un pedazo de pan duro.

—Toma—dijo el hombre, ofreciéndole parte de su miserable comida—, toma un poco de

este pan, que es lo único que me han dejado los impuestos de Su Majestad. Más tarde o más temprano, habré de morir de hambre de todos modos.

El perro comió el pan con buen apetito; luego se echó junto al hombre y se quedó dormido. De pronto abrió los ojos; estaba en su cama; a los pies había una dama vestida de negro, que le contemplaba, y desapareció como una sombra.

El rey se levantó y mandó llamar al ministro de Hacienda.



—Desde hoy—declaró Rosilín—, quedan abolidos todos los impuestos en mi reino de Rosilandia.

Al poco tiempo, el ministro de Industrias dijo a Rosilín XVIII:

—Señor: se han puesto de moda los bolsillos de piel de perro; esta clase de animales abunda en Rosilandia. Sería un medio eficaz de proteger la industria nacional el firmar esta real orden para la matanza general de perros.

Rosilín, que se hallaba jugando una partida de ajedrez, firmó, sin leerlo siquiera, el papel que se le presentaba. A la noche, cuando quiso acostarse, volvió a sentir aquel extraño malestar, y, nuevamente transformado en perro, hu-

yó por la ventana, como la primera vez.

Recorría las calles complaciéndose en ver los buenos resultados producidos por la abolición de los impuestos, cuando de pronto un hombre se apoderó de él y lo echó en un carro, que contenía ya doce o quince perros.

Al poco rato, el carro se detuvo ante un patio, donde todos los perros fueron encerrados. Estos se pusieron a ladrar y a aullar desesperadamente.

—¿Qué pasa?—preguntó el perrito Rosilín a un vecino, que le comprendió perfectamente.

—¿Pues no lo sabes? Nos van a matar para hacer bolsillos de señora. Hoy ha firmado el rey una real orden para ello.

El pobre Rosilín se echó a temblar. En aquel momento entró un hombre, que llevaba un enorme cuchillo; dudó un momento; luego se apoderó de él y se lo llevó a otra habitación, donde le ató las cuatro patas; levantó el cuchillo; Rosilín lanzó un aullido de terror... y se despertó en su cama. A los pies estaba la figura de la dama negra, que desapareció como la primera vez.

El rey se colgó del cordón del timbre.

—Que venga en seguida el ministro de Industrias.

Y le dijo:

—Queda anulada la real orden de ayer; en su lugar prepare usted otra prohibiendo, bajo las penas más severas, hacer mal a los perros en mi reino.

Cuando el rey cumplió los veinte años, la reina le dijo:

—Hijo mío, ya tenéis edad para casaros; os he escogido una mujer que os agrada seguramente: es la princesa del Pampringao. Es muy buena, y para los intereses de nuestro país esta alianza es sumamente conveniente.

El rey, hijo obediente y soberano conienzudo, se inclinó. El mismo día un embajador partió con la misión de pedir la mano de la princesa del Pampringao y de traerla cuanto antes.

La princesa no tardó en llegar, rodeada de un lujo deslumbrante. En efecto, era de todo punto digna de ser reina; su carroza de gala era una maravilla; sus alhajas, deslumbraban; sus trajes eran prodigios de elegancia; su belleza era todo lo altiva que convenía a una soberana, y llevaba la cabeza tan tiesa, que parecía que se había tragado el puño de su sombrilla, lo cual resultaba regio de verdad.

El príncipe se enamoró en seguida de su novia, y la reina estaba encantada de tener una nuera de tan relevantes méritos.

A los tres días debía celebrarse la cena de novios. El rey se hallaba un momento solo en su cuarto, muy ocupado en vestirse su traje de gala y en rizarse el bigote, cuando de pronto—¡horror!—el mal-estar tan conocido se apoderó de él y quedó transformado en perro.

Desesperado por un contratiempo tan inoportuno, quiso huir por la ventana; pero la ventana estaba cerrada; entonces se escapó por la puerta, echó a correr como un loco por los pasillos y, sin darse cuenta de lo que hacía, se metió en la

primera habitación que se le presentó abierta: era el tocador de la princesa del Pampringao.

Su Alteza se hallaba acicalándose, rodeada por sus damas. No parecía estar de muy buen humor.

—¿Qué mal puesto está este postizo!—decía—. Vaya, pasadme el colorete para las mejillas y el lápiz negro para los



ojos; ahora, ponedme el blanquete sobre los brazos; dadme también el rojo para los labios. Es menester que esté muy bella, para agradar a ese niño gótico; no es que él me importe nada; pero esta boda me conviene.

En aquel momento advirtió al pobre perro acurrucado en un rincón.

—¿Qué es esto?—exclamó—. ¡Vaya un palacio bien ordenado, donde se deja entrar perros en las habitaciones! ¡Y qué feo y qué ordinario es! Ni siquiera es un perro de lujo. ¡Fuera!

Y como el pobre animal no se movía, le dió un puntapié. Rosilín lanzó un aullido de dolor; la princesa se echó a reír, y ordenó:

—Coged a este animal y tiradlo por la ventana.

La orden quedó cumplida en el acto,

y el perro se alejó, cojeando y gimiendo. Y tanto anduvo aquella noche, que a las pocas horas se encontró en el campo, fuera de la ciudad.

Junto a un riachuelo había una pastora guardando su rebaño de ovejas. Era tan linda, que Rosilín, a pesar del dolor que le causaba su pata herida por el puntapié de la princesa, se la quedó mirando embobado.

—¿Qué es esto?—exclamó la niña al verle—. ¡Pobrecito! Está herido. ¡Y qué mono es! Ven rico, no tengas miedo, que no te haré daño.

Rosilín no tenía miedo; al contrario. La pastora le cogió, le lavó la herida con agua fresca y le hizo mil monerías. Luego se lo llevó a una casita blanca, con maderas verdes, donde había una vieja sentada y cosiendo. Y Rosilín reco-

noció súbitamente a la vieja y a la joven que vio hilando y en la miseria en aquel tiempo en que los impuestos agobiaban a los rosilandeses.

—Mira, abuela—dijo la niña, entrando—; mira qué perro más mono he encontrado.

—Has hecho bien en traerlo, Rosita—contestó la anciana—. Y si nadie viene a reclamarlo, se quedará con nosotros.

En el mismo momento, y sin que se supiera por dónde había entrado, vieron en la estancia a una dama vestida de negro. Se acercó al perro, le tocó con una varita de ébano y azabache que llevaba, y Rosita ahogó un grito de sorpresa al ver ante ella a un hermoso príncipe que se arrodillaba y la besaba la mano.

—Rey Rosilín—dijo el hada de la No-

che—, tus pruebas han terminado; sed muy dichosos.

Le faltó tiempo al rey para llevarse a palacio a la linda y bondadosa Rosita y a su abuela, atontada por la alegría. Y también le faltó tiempo para echar a la odiosa princesa del Pampringao.

Una guerra estuvo a punto de estallar entre el reino de su padre y el de Rosilandia. Pero la sabiduría y la prudencia de Rosilín evitaron, afortunadamente, el conflicto.

La reina se consoló pronto del cambio de nuera. Y Rosilín y Rosita se juraron que el día en que tuviesen un hijo le educarían tan bien, que no le sería necesario transformarse en perro para aprender el oficio de rey.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

EXITOS DE OTROS DIAS

EL TIEMPO DE PAUL DE KOCK

DE manera que Paul de Kock murió seguramente en 1871?

—Con toda exactitud, en cuanto a la fecha, el día 27 de abril de 1871. Creo que fué jueves. El príncipe de los dioses del paganismo le llamó en su día, para honrarle así por lo mucho que había regocijado a los hombres.

—Entonces—me dijo el editor, apartando de sí el manual de la propiedad intelectual y quitándose los lentes—, ¿usted cree que podríamos hacer una edición popular de sus obras, sin pagar derechos, naturalmente, porque ya deben de ser del dominio público?

—Hombre, no sé cómo se ha traducido al castellano, ni si puede editarse toda su obra y, con eso de «obras completas», sortear los inconvenientes.

—Entérese usted bien, y usted mismo me hará un prólogo ligero, vamos... una cosa de esas que usted sabe hacer, para que vaya al frente, en el tomo primero, con el retrato, y haremos una edición bonita. Yo creo que Paul de Kock puede venderse todavía.

—No, señor.

—Pero, hombre, yo creo que era un tío lleno de gracia.

—Sí.

—Con requetemuchísima gracia.

—Sí, sí. Pero hoy no le leería nadie.

—¡Pero si lo he leído yo anoche! En mi mesilla debe de estar el libro todavía. ¡Fulana! ¡María! Traiga usted un libro que hay en la mesilla de noche.

—Es inútil. Bien; que lo traiga; pero es inútil.

—Mira usted—añado, haciendo párrafo aparte y poniéndome serio—, Paul de Kock ha sido—fué—un escritor ingeniosísimo, lleno de esa malignidad bondadosa que gustaba tanto a los restos del «viejo» régimen, porque tanto la necesitaban. Seguramente su fama fué superior a la que en realidad merecía. Pero las griseas, los estudiantes, los oficinistas y «mademoiselle la concierge», la chica de la portera, encontraron en él lo que no habían tenido hasta entonces, después de la Revolución y la época napoleónica; algo que deshiciere las arrugas del cansancio y de la pena corrientes. Chateaubriand, el maravilloso estilista que compartiera con él los favores del éxito, decía que Paul de Kock era un escritor consolador.

Sin vanidad de ninguna clase, creo que mi prólogo sería superior a la obra de su admirado novelista, por la sencilla razón de ser más interesante una observación sobre la vida del mismo que toda su producción literaria, a la que no pu-

do, naturalmente, consagrar una línea Sainte-Beuve.

No creo que sea una cosa despreciable, ni me parece tampoco que «El hombre de los tres calzones», «La inocente Virginia», «Gustavo el Calavera», etc., todas sus novelas, en fin, sean positivamente escandalosas. Son picarescas, atrevidas; pero no llegan a la liviandad de algunas producciones modernas.

Seguramente se desprende de ellas una conformidad, una suerte de resignación para los infinitos maridos bonachones, que está muy lejos de obedecer a los altos y elevados ideales de la caballería y del honor, que han de afirmarse por un sacramento y el valor de una palabra empeñada. Pero si algún lector se ha perdido por tan alegres lecturas, estará a salvo ya por breve penitencia, quedando sano de cuerpo y con alma normal, como no saldría ni quedara de ningún modo con los libros de Lorrain.

Tenía razón Paul de Kock para decir: «Leed mis libros. Soy más moral de lo que se piensa.»

Es fama que la primera vez que Pío IX pronunció las palabras «Non possumus», con los ojos arrasados de lágrimas, fué devolviendo al secretario de la Sagrada Congregación una novela de Paul de Kock, que se trataba de colocar en el «Índice».

—Prenda, prenda, excellenza. «Non possumus»—dijo el Pontífice, extendiendo el volumen y esforzándose en contener una risa que había llegado hasta el llanto.

Quizá no sea verdad esta escena; pero es cierto que el nombre del novelista no ha sido colocado en el Expurgatorio.

El «cant» inglés, más exigente que la Inquisición romana, no ha condenado tampoco a Paul de Kock, ni ha hecho que los aduaneros arrojen al Támesis sus obras, como las de Oscar Wilde, a raíz de su proceso.

Paul de Kock fué, principalmente, parisiense, y parisiense de sus días, de su ambiente y de su clase, tan cerca de la pequeña burguesía, cuya vida de apuros, sacrificios y de luchas conocía.

Su destino—¡quién lo diría!—le hizo sonreír entre dos tragedias: el Terror y la Commune.

El 4 de Germinal (24 de marzo de 1794), su padre, el banquero holandés Conrado Le Kokq, como le llaman los registros del Comité de Salvación pública, comprometido en la conspiración de los hebertistas contra Robespierre, entregó su cuello a la guillotina, juntamente con diecisiete compañeros, entre los que estaban el mismo Hebert—el famoso y auténtico «Père Duchesne»—y aquel Anacarsis Clootz, el «orador del género humano», que pidió morir el último para afirmar una vez más su ateísmo romántico e irreductible.

Dos meses después, el 21 de mayo, salvando de la guillotina a su madre, por haberle llevado en su seno, venía al mun-

do el futuro novelista en Passy, donde había encontrado refugio la joven viuda al salir de la prisión de la Abadía.

El niño, un niño modelo, pero algo tímido, se instruyó en las enojosas operaciones de banca, y a través de las ventanillas del despacho, lo mismo que Schopenhauer, adquirió los fundamentos del pesimismo y recibió las indicaciones más curiosas para los tipos que desenvolvió más tarde en su obra regocijada y alegre.

Y es que indudablemente, sin que lo hayamos sospechado, en esas operaciones financieras, al parecer tan graves, tan vulgares, tan mecánicas, las gentes se ofrecen desde la ventanilla a los dependientes de los Bancos como en un cuadro más que vivo, vivísimo, con toda su fisiología, con toda su alma y con todo lo que las impulsa y las mueve a ingresar o a retirar fondos. En esos instantes las caras dicen de verdad sus sentimientos como en un confesonario. Cada individuo se revela de una manera distinta al realizar sus actos, y cada raza, cada pueblo hace sus operaciones económicas con un gesto peculiar, propio, inconfundible, que delata lo personal, lo nacional y lo del momento del individuo, de la raza y del estado social.

Los alemanes que acudían a la ventanilla de Schopenhauer delataban la tiranía de Federico y el temor a toda desgracia, siempre posible. Y los franceses que se presentaban ante Paul de Kock llevaban desde luego un anticipo de la alegría que seguramente esperaban.

El hecho es que, en medio de tales tratos, el aprendiz de banquero escribió entonces «El hijo de mi mujer», y así, sesenta años siguió novelando, hasta que Francia fué trágicamente iluminada de nuevo por los resplandores de la Commune. Y como no escribió para la eternidad, su obra ha pasado porque han muerto ya todos sus lectores posibles.

—¿Pero es que no vivo yo?—me dice admirado el editor.

—Usted es un hombre a quien yo resucito. Un lector curioso, que puede sacar historia donde otros hallaron esparcimiento. Esas páginas tan divertidas, escritas para otros, sólo tienen valor histórico como las veraces y artísticamente repugnantes de «Naná». El final de la obra de Zola, donde unos degenerados gritan: «¡A Berlín! ¡A Berlín!», explica perfectamente la derrota de Sedán. Los personajes de Kock, risueños y satisfechos, hasta reírse sufriendo una trágica mundana conyugal, dan la clave psicológica de un pueblo que será vencido.

Si tuviéramos que esperar un Sedán, me parecería bien prepararlo con esas lecturas. Además, yo me imagino que un editor tiene una responsabilidad moral e intelectual más grande de lo que se cree generalmente. Si usted quiere deshacerse de ella, no podrá usted ser mas que un vendedor de libros.

Rafael URBANO

FANTASIA MACABRA

LA ALEGRÍA DE LOS MUERTOS

LA luna caía sobre el cementerio. A su luz las tumbas blancas parecían alineadas camas de un hospital fantástico. La sombra de los cipreses se alargaba, se adaptaba a las sinuosidades del terreno como una culebra; descendía como crespónes sobre las cruces, subía por las tapias y moría fuera en campos de trigo... Cantaban los grillos, y el viento hacía balancear las cadenas de las sepulturas y flamear como banderas las cintas de las coronas.

Una lápida se movió. Apareció un brazo, descarnado y huesudo, que con esfuerzo quitó las coronas y cacharros con flores que le impedían levantarla completamente; ya movida del todo, un esqueleto se alzó. Era alto, gallardo; en la cabeza aún tenía pelo. No bien salió cayó en tierra, fatigado por el esfuerzo hecho; parecía un pilluelo secándose al sol en una playa...

Una a una fueron levantándose todas las lápidas. Los esqueletos se saludaban, paseaban del brazo, discutían en corro. Otros, golpeaban las tumbas cerradas, avisando que era la hora, que había luna llena. Los esqueletos poderosos, que habitaban en panteones lindos como «chateaux», abrían sus puertas y salían arrogantemente, con las costillas llenas de cruces y placas, atadas con ramas de plantas fibrosas. A algunos los seguían esqueletos de galgos.

El viento hacía mover los cipreses, que eran como llamas azuladas que surgieran del suelo, y sólo se oían los chasquidos secos de los huesos, que los pobladores de aquel rincón producían al moverse, al correr. El primer esqueleto que apareció paseó también. No tenía amigos, y solo, con los pulgares colgados de las costillas como un esqueleto elegante y despreocupado, dió unos cortos paseos por delante de su tumba; después, se sentó.

La tumba vecina a la suya se movió y apareció un esqueleto de mujer, esbelto, gracioso, blanco como el marfil. Lucía pendientes, sortijas y un collar de zafiros que, al andar, chocaban con los huesos, arrancándoles un sonido de cristal.

No bien anduvo este esqueleto, el que primero apareció se le acercó y dijo:

—Alicia, óyeme.

—¿Quién eres? No te conozco.

—Soy nuevo. ¿No ves pelo en mi cráneo?

—¿Qué quieres? ¿De qué me conoces?

—No te conocí hasta ahora. Sé tu nombre porque lo leí en tu lápida. Desde mi tumba te oía moverte, suspirar. Te

era hermosa, adorable; pero no eres una mujer, eres una diosa muerta. Nunca puedo soñar mi cráneo un esqueleto tan bello, a quien hace brillar la luna como si fuera de plata. Eres una custodia, Alicia.

El esqueleto de mujer dijo:
—¡Ah!... ¿Eres tú el vecino que canta? Tienes una linda voz. ¿Eres de este pueblo? ¿Cómo viniste aquí?

—No soy de este pueblo. Vine a él a morir. Me suicidé. ¿No ves mi cráneo agujereado? Fui desgraciado. La Soledad me cercó, me anuló, me hizo morir.

Soy ahora feliz. La sombra negra de mi cuerpo, mi única hermana en la vida, me abandonó. Ya entra luz de luna a través de mis huesos y es mi sombra un magnífico encaje que me sigue como un manto sutil que cayera de mis hombros. Te quise sin conocerte; te quiero ahora. Quiéreme tú, Alicia; yo te amaré toda la muerte.

El le tendió la mano, ella alargó la suya enojada y en figura de *minué* galante avanzaron hacia una plazoleta en que la luna caía más pura. Ella, que caminaba vacilante, se detuvo y, al fin,

cayó en los brazos amorosos de él. Se estrecharon. Los dos cráneos, al juntarse para besar, hicieron un ruido seco, primero, después se oyó una vibración de cristal.

.....
Cuando en un cementerio hay silencio, sin viento, sin piar de pájaros, sin pisadas de hombre, acercáos a una tumba y escuchad. Oiréis primero un rumor; más tarde, ruidos acompasados; finalmente, un golpe seco, breve, como de campana hendida de monasterio viejo, y en seguida otro cristalino, vibrante,

te, timbrado, de campanilla de plata...
En algunos oiréis cantar: son los muertos que, solos, se aburren esperando...

Adolfo TEMES

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --

Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60



FUENCARRAL 6 MADRID.
FOTOGRAFO
TOLEDO 63 MADRID.

FABRICA DE RELOJES



FUENCARRAL 27
MADRID

CERTIFICADO DE GARANTIA CON CADA RELOJ
REMESAS A PROVINCIAS CATALOGOS GRATIS

ESPECIALIDAD: RELOJES CON ESFERA LUMINOSA CON RADIUM
(SE VE EN LA OSCURIDAD, SIN LUZ)

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)



Vista parcial del comedor del Hotel de Paris.

GRAN HOTEL PARÍS OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

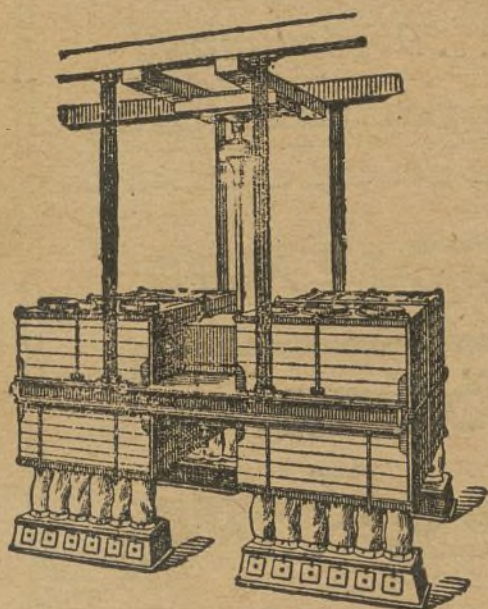
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

== D. Manuel del Valle Díaz. ==



BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36
MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.

Fábricas de Pastas Alimenticias.

Fábricas de Malte y de Cerveza.

Tejerías Mecánicas.

Fábricas de Ladrillos silico-calcáreos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de

FÁBRICAS DE HARINAS

CON MODERNO DIAGRAMA

:: :: :: :: PÍDANSE CATÁLOGOS Y OFERTAS :: :: :: ::



CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA.

Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID